

Memorias  
para el oratorio  
y para la  
Congregación  
Salesiana



San Juan Bosco

Memorias  
para el oratorio  
y para la  
Congregación  
Salesiana

Inspectoría Divino Salvador

CENTROAMERICA

*Derechos Reservados, 2005*  
*Asociación Institución Salesiana*

*Diseño de portada y diagramación: Mauricio Ponce*  
*Impreso en El Salvador por Imprenta y Offset Ricaldone, Santa Tecla. La Libertad*  
*Este libro se compuso con caracteres Apollo Italic y Raleigh*

Los primero diez años  
1815-1825

1. Muchas veces me pidieron que pusiera por escrito mis memorias sobre el Oratorio de San Francisco de Sales y, aunque no podía negarme a hacerlo dada la autoridad de quien me lo aconseja, sin embargo, no me resolvía a hacerlo por tener que referirme continuamente a mí mismo. Sin embargo, ahora se agrega la orden de una persona de suma autoridad, por lo que me es imposible demorar por más tiempo el asunto. Así que me he decidido a exponer detalles confidenciales que pueden echar luz o ser de alguna utilidad para el bien de esa institución que la divina Providencia se dignó confiar a la Sociedad de San Francisco de Sales.

Quede claro que escribo únicamente para mis queridísimos hijos Salesianos, con la prohibición de darlas a la publicidad, sea antes como después de mi muerte.

¿Para qué servirá, pues, este trabajo? Sin duda, para que, aprendiendo de las lecciones del pasado, se superen las dificultades futuras; para dar a conocer cómo Dios condujo todas las cosas en cada momento; y también servirá de ameno entretenimiento para mis hijos cuando se enteren de las andanzas en que anduvo metido su padre, cosa que ciertamente harán con mayor complacencia cuando, llamado por Dios a rendir cuenta de mis actos, yo no esté visiblemente entre ellos.

Ahora bien, si encuentran que algunos hechos están relatados con demasiada complacencia y quizá con aparente vanidad, les pido que sean comprensivos conmigo, ya que se trata sencillamente de los recuerdos de un padre que se deleita contándolos a sus queridos hijos, mientras éstos, a su vez, se han

de gozar al conocer las pequeñas aventuras de quien tanto los ha amado y de quien en todas las circunstancias, pequeñas o grandes, siempre quiso hacerles el mayor bien, sea en lo espiritual como en lo temporal.

He organizado estas memorias en décadas, o períodos de diez años, porque en cada una de ellas, nuestra obra tuvo algún notable y significativo desarrollo. Hijos míos, cuando lean estas Memorias después de mi muerte, acuérdense de que tuvieron un padre cariñoso que, antes de morir, quiso dejárselas en prueba de su afecto; y entonces no dejen de rogar a Dios por mi eterno descanso.

## 2. Los primeros diez años de mi infancia –muerte del padre- penurias familiares – la madre viuda

Nací en Murialdo, poblado de Castelnuevo de Asti, el día consagrado a la Asunción de María al cielo del año de 1815. Mi madre se llamaba Margarita Occhiena, era natural de Capriglio. El nombre de mi padre fue Francisco. Eran campesinos que se ganaban sobria y honradamente el pan de cada día. Mi buen padre casi únicamente con sus sudores nos sostenía a la abuelita, septuagenaria y afligida por varios achaques, y a tres niños, el mayor de los cuales era Antonio, hijo del primer matrimonio; José era el segundo, y Juan, el más pequeño, que era yo. Además, sostenía a dos jornaleros que ayudaban en el trabajo del campo.

3. No tenía yo aún dos años cuando Dios nuestro Señor permitió en su misericordia que nos sobreviniese una grave desgracia. Un día el amado padre, que era de complexión robusta, en la flor de la edad, y deseoso de educar cristianamente a sus hijos, de vuelta del trabajo enteramente sudado, entró descuidadamente en la bodega subterránea y fría de la casa. El enfriamiento sufrido se manifestó hacia el anochecer en una fiebre violenta y vino a degenerar en una pulmonía muy fuerte. Todos los cuidados fueron inútiles, y a los pocos días se vio a las puertas de la muerte. Confortado con todos los auxilios de la religión, después de

recomendar a mi madre confianza en Dios, expiraba a la edad de treinta y cuatro años, el 12 de mayo de 1817.

No sé qué fue de mí en aquella penosa circunstancia. Sólo recuerdo, y es el primer hecho del que guardo memoria, que todos salían de la habitación del difunto mientras yo quería permanecer a toda costa en ella.

- *Ven Juan; ven conmigo*, -repetía adolorida mi madre.

- *Si no viene papá, no voy yo*, -le respondí.

- *¡Pobre hijo mío!*, -añadió- *ven, ¡ya no tienes padre!*

Dicho esto, se puso a llorar, me tomó de la mano y me llevó a otra parte, mientras lloraba yo viéndola llorar a ella. Ciertamente, en aquella edad no alcanzaba a entender qué desgracia tan grande era la pérdida del padre.

4. Este hecho sumió a la familia en la consternación. Había que mantener a cinco personas; las cosechas del año, que eran nuestro único recurso, se perdieron por causa de una terrible sequía; los comestibles alcanzaron precios fabulosos. El trigo se pagó hasta 25 francos la hémina; el maíz, a 16 francos. Varios contemporáneos que fueron testigos de los hechos me cuentan cómo los mendigos pedían angustiosamente las cáscaras del grano para suplir la sopa de garbanzos o de frijoles con que habitualmente se alimentaban; y que se encontraron en los potreros personas muertas con la boca llena de hierbas con las cuales habían intentado aplacar el hambre rabiosa que las desesperaba.

Muchas veces me contó mi madre que alimentó a la familia mientras tuvo cómo hacerlo; después entregó dinero a un vecino llamado Bernardo Caballo, para que fuera en busca de comida. Recorrió varios mercados sin poder adquirir nada, fuera al precio que fuera. Volvió dos días después cuando anochecía. Todos lo esperaban. Pero, cuando dijo que no traía sino el dinero que había llevado, el pánico se apoderó de la familia, pues ese día habían comido muy poco y se podían, por tanto, prever funestas consecuencias para esa noche.